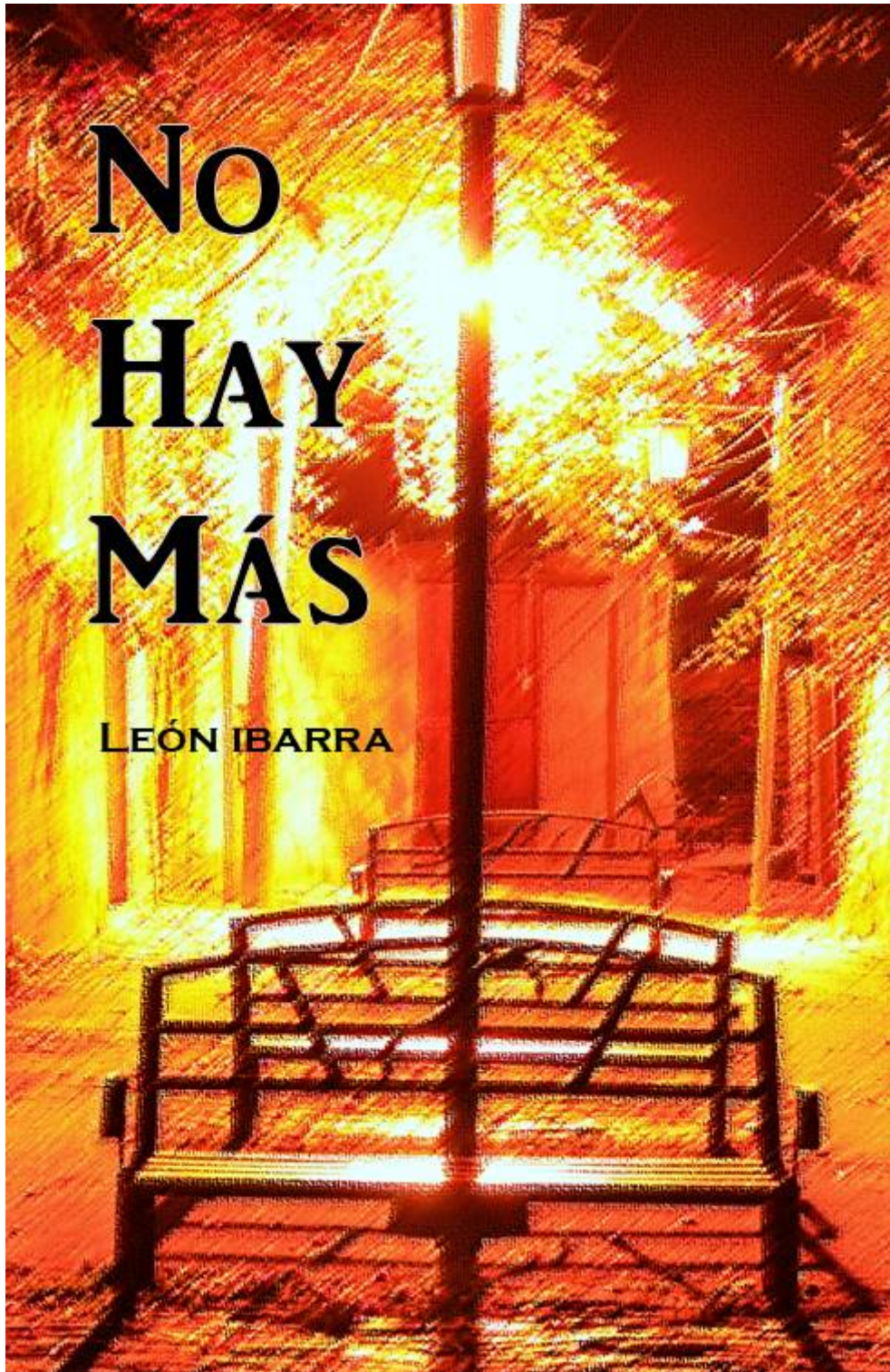


No hay más

Luis Manuel León Ibarra



Capítulo 1

Diablo

(parte 1)

Mía está por cumplir 10 años como jugadora.

Desde que tuvo su primera consola no ha dejado de actualizarse, de hecho, gasta más dinero en videojuegos, audífonos, controles, micrófonos y pantallas que en ropa al año. A pesar de las críticas de su familia, ella no se arrepiente de nada. El problema, sin embargo, tiene que ver con su actitud al competir:

— ¡Maldita sea! ¡¿Por qué?!

Es una terrible perdedora.

Como es su costumbre, tras una larga jornada de estudio, pasa la tarde en un FPS con sus amigos que aún la soportan. Quizá no sea líder de equipo, pero tiene el carácter para serlo y, lo que es importante, juega como una campeona.

Empieza una nueva partida. Mientras se repliegan por el mapa, Mía aprovecha para invitar a su equipo a la convención del próximo fin de semana.

— Me encantaría amiga, pero tengo una comida familiar — responde Ana, con quién ha hecho equipo los últimos 5 años.

— ¿Tú qué dices Rodri? — lanza una granada para evitar que alguien la sorprenda en la siguiente vuelta.

— No puedo — la respuesta seca del chico contrasta con el inicio de una lluvia de disparos.

—Ok... Gracias por tu honestidad.

Después de un tiempo — y varias negativas —, Mía pierde la esperanza de asistir a su última convención. La universidad la absorbe, sus responsabilidades cambiaron con la adultez, incluso pronto se mudaría con sus padres a casa de su abuela; la vieja estaba grave y requería cuidados especiales, razón por la que se vio forzada a conseguir un trabajo para apoyar con los gastos del hospital. Tomar el control en esos días era algo muy difícil.

De pronto, un bug congela la pantalla.

— ¡¿Otra vez?!

— ¿Qué demonios Mía?

— ¡Está fallando mi módem!

El resto de su equipo se burla. Mía pide que la cubran unos segundos mientras regresa la señal de wifi, pero ninguno la ayuda. De pronto las risas aumentan:

— ¡Ya la mataron!

Mía se quita los audífonos, peina su cabello y ahoga su frustración gritándole a una almohada. Cuando se ha tranquilizado, agarra su micrófono para despedirse:

— Disculpen, hasta aquí llego por hoy. ¡Bye!

Se desconecta y apaga la consola. Luego se tira en la cama boca arriba; está cansada y la conectividad no la ayuda ni siquiera a revisar sus redes sociales. Avienta su celular cubre sus ojos con el antebrazo.

Unos segundos, Mía se queda dormida plácidamente.

Entonces empieza a soñar. Se ve a sí misma en su cama, pero en medio de un amplio desierto. El sol se oculta en el horizonte y llega la noche. Un temblor sacude la tierra y un viejo televisor de bulbos emerge al pie de su cómoda. Mía quiere acercarse y descubre que sus pies están clavados a una piedra. Trata de zafarse, pero sus dedos se aferran como raíces.

De pronto, el televisor se enciende en un canal con estática. Ni un sonido emite el aparato.

— ¿Dónde estás?

Una voz que apenas puede reconocer se escucha a lo lejos.

La televisión cambia de un canal a otro, sin detenerse en algún canal en específico. Las imágenes, en cambio, puede reconocerlas; un patrón numérico que acompaña a fotografías de sus familiares y amigos.

— ¿Por qué duermes?

La voz sigue a la distancia. De cierta manera, se siente a salvo.

El patrón se detiene. Su madre está en la pantalla. Ella la mira fijamente mientras se escuchan llantos y lamentos al fondo. La señora pide perdón a Dios y la transmisión llega a su fin.

Un bip agudo y continuo ambienta la atmósfera. Luego, distingue un tintineo sutil a lo lejos. Son pasos, lentos y firmes.

El viento sopla y las arenas se levantan.

Mía intenta acercarse de nuevo, pero algo la inquieta. Siente el frío tacto de algo que sube por su pierna. El sonido característico de ese animal le pone los nervios de punta. Quiere huir de ahí, anhelada gritar pero la serpiente que rodea su cuello le impide pensar con claridad.

Su cuerpo ya no responde. Cierra los ojos y reza para que todo termine.

Durante su oración, una fuerte carcajada ahoga sus plegarias.

Mía siente una lengua en su oído.

Abre los ojos y ve el cielo estrellado.

Mira a la derecha y se ve a sí misma convertida en roca, envuelta en serpientes y una expresión de horror en el rostro.

El tintineo de las espuelas cesa detrás de ella.

No puede respirar.

El aliento de un extraño, tan fuerte como el olor del azufre, roza en su nuca:

— Casi llego.

Mía despierta de manera abrupta.

Está alterada. Su cara está empapada de sudor y su corazón, acelerado. No deja de mirar en todas direcciones. Esa maldita pesadilla le ha arruinado su descanso. Pronto cae en cuenta que ya es de noche.

— Pinche Dios, me odias cabrón.

iBip! iBip!

Escucha la vibración de su celular.

Se levanta y va a recogerlo del suelo.

Lee en la pantalla: "Llamada entrante. Mamá".

Contesta.

— Ya estoy aquí.

Capítulo 2

Diablo

(parte 2)

Millones de suscriptores siguen la transmisión en vivo. Esperan impacientes que empiece el último enfrentamiento del torneo; apostaron por su contendiente favorito, 100 a 1 a favor de la reina. Su caso circula por todo internet de todas las maneras posibles; artículos digitales, videoblogs, podcast, memes y fanart. Sin duda, la mujer de talento excepcional podría ser el caballo negro de la competencia.

— ¡Te amamos Mía!

Los seguidores más fieles están reunidos en la sede del evento. Llevan gorras, camisetas y banderines estampados con su cara. Incluso, unos usan el mismo corte de corte cabello que su ídolo. Mía escucha con júbilo las ovaciones; jamás había imaginado que algo similar pudiera ocurrir.

— ¡Entramos en 15!

— Gracias.

En un cuarto sencillo, que fue acondicionado como camerino, Mía se prepara mentalmente para el desafío que define todo; esa podría convertirse en su primer título internacional. Se siente nerviosa, le tiemblan las manos y no puede quedarse sin caminar.

— ¿Cómo está la futura campeona? — Ana entra en la habitación. Le da un abrazo a su amiga y trata de calmarla.

Mía agradece la presencia de su compañera. Necesita de alguien cercano que la ayude a superar los nervios. Sin embargo, después de una confortante charla, reluce un tema que la incómoda:

— ¿Y tu familia?

— Están bien, creo. Hace una semana me mudé.

— ¡Eso es increíble!

— Sí, necesitaba algo de espacio.

Hay un silencio incómodo. Ana comprende que está en terreno delicado:

— Lamento lo de tu abuela.

— Descuida. Es algo natural, estaba enferma y no soportó más.

¡Toc! ¡Toc!

— ¡Señorita! ¡10 minutos!

— ¡Gracias, Gabriel!

Mía se sienta y cubre su rostro con ambas manos.

— ¿Quieres que te traiga algo? — pregunta arrodillándose frente a su compañera.

— Una botella de agua, por favor.

Ana sale corriendo. Por un descuido ha olvidado cerrar la puerta.

Mía no se molesta en cerrarla; ya era suficiente estrés como para recordar también a su familia.

¡Toc! ¡Toc!

— ¿Qué quieres, Gabriel? — pregunta molesta.

Levanta la mirada y todo el estrés desaparece.

En la puerta la acecha una sombra del pasado que no puede olvidarse con facilidad. Aquel hombre vestido de negro se acerca despacio; su sombrero le cubre los ojos y las espuelas hacen el mismo sonido infernal que la primera vez.

El extraño se detiene. Saca un puro y lo enciende con serenidad.

— Vengo a desearle suerte, hija.

El humo del tabaco choca contra el rostro de la muchacha; lastima sus ojos y le quema la garganta. El hedor es más fuerte que el común, pero sirve para ocultar la verdadera naturaleza del fumador.

Mía se atreve a contestar:

— ¿Qué es lo que quieres ahora?

Aquel hombre suelta una fuerte carcajada.

— ¡Insolente como siempre la chiquilla!

Da una fumada y el puro se consume en un tercio de su tamaño.

— Se acabó el tiempo — sonrío y muerde la punta de su habano —. ¿Qué decidiste?

Mía intenta salir, pero el charro le impide el paso.

— Nunca tuviste talento — le recuerda burlándose de ella —. Te di lo que te faltaba a cambio de una respuesta — Se acaba el puro y lo tira al suelo —: el tiempo de prueba expiró.

Mía retrocede. Cae de rodillas y suplica:

— Ayúdame, por favor. Dame un poco más de tiempo — le besa las botas —. Déjame terminar el torneo, te lo imploro.

— En verdad no tienes dignidad — retrocede para dejar a la muchacha en el suelo —. Tu abuela tenía más carácter. ¡Hasta juró en nombre de Dios que ningún descendiente suyo me aceptaría un trato!

La chica rompe en llanto.

— La condenaste al infierno por una membresía al salón de la fama. ¿Y yo soy el malo?

El hombre se queda callado. Entonces, Mía se atreve a confrontarlo.

— Sí. Tú me ofreciste algo que necesitaba — se levanta y lo encara —. Lo tomé porque la abuela estaba enferma, sin esperanza de vivir. Y también porque me aseguraste que tendría la posibilidad de salvarla. Ahora la veo todas las noches: la decepción en su rostro es peor que cualquier castigo. Y todo es tú culpa. Su dolor, mi frustración, que mi madre se volviera loca, itodo por ti!

Lo intenta abofetear, pero el charro le sostiene la mano en el aire.

— Tranquila, fierecilla — dice enfadado —. No soy causa tus males. Tampoco me aproveché de ti. Yo sólo te di una oportunidad. Por un año, disfrutaste de nuestro trato, sin pensar en las consecuencias. Es fácil culpar al diablo de tus decisiones, pero lo que querías, lo obtuviste. La membresía terminó, y te toca pensar si mereces el perdón de Dios o mí lástima.

Gabriel se asoma detrás del marco de la puerta, le anuncia que falta un

minuto y regresa por donde llegó.

— Aún puedes ganar — dice soltándola —. Sólo responde la pregunta y renovaré tu contrato. Por un año más, seguirás disfrutando de todos los beneficios que te ofrecí.

La jugadora se detiene, voltea discretamente y responde con frialdad:

— Manda mis saludos a la abuela.

Capítulo 3

Santorum

La misa empezará pronto en la Parroquia de San Marcos, un pueblito marginal que, a pesar de sus bellos paisajes, no figura en los mapas. Su gente ha aprendido a vivir sin grandes escuelas no hospitales, todo lo que tienen es el dispensario y la iglesia. Y con eso se conforman.

La viuda Éster Rojo de Álvarez está lista desde la madrugada; mucho antes que las campanas convoquen a la celebración litúrgica, ya tiene puesta su ropa de luto, tal como lo ordena la tradición. Ella se persigna tres veces antes de salir de su casa y sale rumbo al templo con la propiedad y decencia que le inculcaron sus padres y abuelos.

Los pobladores la admiran en demasía. Algunos se unen a su procesión con biblia y rosario en mano; la siguen en silencio a una distancia considerable. La reconocen por su estatus de clase alta y su fiel devoción a Jesucristo. Ha pasado toda la vida en la iglesia, incluso pueden acudir a ella para que les explique lo que dijo en el Padre durante la misa. Prácticamente, la consideran una santa que vive para hacer el bien.

— Me rompe el corazón ver a la señora Éster en estas fechas — dicen algunas mujeres — Es tan buena cristiana, ¿por qué Dios le habrá quitado a su marido tan pronto?

— Han pasado 10 años y sigue amando a nuestro Señor Jesucristo.

Éster se congratula con las palabras que otros dicen sobre su Fe, cree que es Dios quien se muestra orgulloso de sus acciones y que esa es su manera de decirlo. No es sorpresa para nadie que tenga lugar reservado en la iglesia — en la sección de mujeres, por supuesto. Entonces, desde su asiento, la mujer observa a alguien entre la congregación, si el resto pudiera ver su rostro dejarían de considerarla una santa.

Verónica Díaz, una adolescente no mayor de 16 años, se sienta lejos de las personas. Está vestida con un huipil blanco y floreado, tiene huaraches en lugar de zapatos y usa un listón para recoger su cabello. Mantiene la cabeza baja por la vergüenza, porque sabe que es la única mujer en el pueblo a la que juzgan sin problema. Sin embargo, la Iglesia resulta ser un lugar donde nadie se atreve a señalarla, por lo menos mientras la celebración tiene lugar.

— No sé qué hace aquí, su alma ya no tiene perdón.

Empiezan los cantos.

Éster recobra la compostura.

Todos los asistentes se ponen de pie.

El sacerdote camina al altar mientras perfuma con incienso el edificio. El humo blanco cubre a los feligreses y los sumerge en un ambiente semejante a lo divino.

Éster cierra los ojos y se prepara para recibir la bendición:

— En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

Algo extraño ocurre.

— Quizá se equivocó — abre los ojos y ve por primera vez al sacerdote: es un nuevo párroco, joven y buen mozo. Posiblemente el Padre se haya puesto nervioso, después de todo es su primera celebración.

Mientras todos se persignan a su orden, la viuda observa confundida lo que ocurre; no sólo se ha dado cuenta que les está hablando en español, también es la primera vez en años que un cura no les da la espalda. De hecho, ni siquiera viste la sotana negra para el luto, sino una de color morado que acostumbra usarse en la Semana Mayor.

Entonces, ocurre lo peor: el Evangelio está siendo leído en la lengua materna de los asistentes. Mientras el resto escucha con atención, agradecidos por algo que nunca habían tenido, Éster piensa y observa en silencio cómo deshonoran el don de lenguas para entender latín... ¿Cómo pueden ser que las enseñanzas de Dios estén al alcance de alguien como Verónica? ¡Es una total blasfemia! Esas prácticas no son propias de un Padre de la Santa Iglesia.

Cuando hubo terminado la celebración, las personas abandonan gozosas el templo. Quieren compartir las noticias a sus vecinos y familiares sobre lo que acaba de ocurrir; es poco ortodoxo, pero sin duda les ayudó a sentirse más cerca del Señor.

Pero Éster no. Ella espera para abordar al hombre que había celebrado. Pero, por si estuviese ella en un error, lo mejor es hablarle con respeto:

— Padre, quiero darle la bienvenida a nuestra tierra — le besa la mano y retrocede con una reverencia.

— Muchas gracias, señora...

— Éster Rojo, viuda de Álvarez.

— Recuerdo ese nombre, el Padre Pío me habló mucho de usted: una cristiana ejemplar, devota y llena del Espíritu Santo.

— Siempre es un honor servir a los mensajeros de Dios — dice sonriente —, pero me inquietan muchas cosas... Padre, ¿me permite preguntar algo?

— Por su puesto.

— ¿Qué clase de misa fue esa?

El Padre sonríe.

— Son órdenes directas de Roma.

— ¿Por qué nunca avisaron? Nos habríamos organizado para esta celebración especial.

— Señora Éster, no es algo de una vez.

— ¿Disculpe?

— Es un cambio bueno. El Papa en persona fue quien anunció los nuevos estatutos.

— Me resulta imposible de creer.

— No le diré que es algo complicado. A mí, por ejemplo, me mandaron a esta parroquia porque el Padre Pío se negó a cambiar. La orden fue dada desde principios del año pasado, pero...

— Disculpe mi atrevimiento, Padre, pero en este lugar respetamos al Papa, pero seguimos a Dios. Y hay maneras, tradiciones y formas de acercarse a Él.

— Estoy de acuerdo...

— Entonces, ayúdenos a entender. Y a evitar... invitados indeseados.

— ¿Perdón?

Éster mira hacia la entrada, luego le murmura:

— Hay gente, Padre, que no es digna. No es fiel a los mandatos de Dios.

— ¿Cómo quién? — pregunta severo.

— Aquí entre nosotros, esa chica, Verónica, pienso que debe ser bruja — el Padre se ve intrigado —, imagínese, se metió con un hombre casado, lo sedujo con sabe Dios qué porquerías. Siempre les he dicho a todos, que deben cuidarse de esa mujerzuela.

— Gracias por el aviso, señora. Lo consideraré. Vaya a casa y piense en lo que ha oído hoy aquí. Estoy seguro que Dios tiene una encomienda para usted.

El Padre acompaña afuera.

— Padre, una última cosa — dice antes de marcharse —, la próxima semana se festeja a Todos los Santos y, asumo que ya lo sabe, pero... el negro es el color del luto. No tiene por qué sentirse nervioso en San Marcos, Dios le perdonará todo a usted, sólo no celebre con los colores de nuestra Semana Santa, por favor.

Éster siente que ha hecho una buena acción. Seguro Dios la premiará por ello después.

La mañana siguiente, la vieja viuda se dirigió a la Iglesia para rezar; le gusta orar por el bien de San Marcos, mas quiere aprovechar para pedir que el nuevo cura comprenda la situación de la Verónica y, por fin, sea excomulgada.

Está por persignarse, pero ve a la bruja salir del confesionario.

— Muchas gracias, Padre — dice sonriente. Luego se arrodilla frente al altar y reza un Padre Nuestro.

Como alma que lleva el diablo, la vieja Éster corre fuera de la iglesia. Saca su rosario y cita oraciones tan rápido como le es posible.

La gente la vio encerrarse en su casa. No pueden contactarla durante toda la semana y piensan lo peor; unos creyeron que había muerto, pero otros aseguraban que se auto flagelaba como parte de una penitencia. El pueblo de San Marcos se mantuvo expectante, quieren de vuelta la mujer que les enseña el significado de la Fe y la devoción.

— Gracias por la vida que regalas. Señor Jesús eres grande y maravilloso, que tu sabiduría me guíe.

Finalmente, el 1 de noviembre, la puerta se abre.

La noticia de su salida se esparce como un incendio. Los vecinos se aglomeran en la entrada de su casa y preguntan por su estado de salud. Sin embargo, la viuda no dice nada, sólo espera que más personas arriben para decir lo que Dios le ha revelado.

— ¡Pueblo de San Marcos! – Grita levantando los brazos — ¡Dios nos está probando!

Los murmullos empiezan.

— ¿De qué hablas Éster?

— Dios me ha revelado que nuestra tierra está en peligro.

— No entendemos, ¿por qué? ¿Qué ocurre?

— Hoy, Día de Todos los Santos, el demonio quiere rondar por el pueblo. Quiere aprovecharse de la ventana que abrió una bruja.

Algunos escupen, otros se persignan.

— ¡Intento avisarnos a todos! — Se acerca a la multitud — El Padre se aseguró de decírnoslo en una lengua que todos entendemos: “Tenemos una encomienda de Dios. Pero no sabemos escuchar ni ver”... ¿Lo recuerdan? — Todos asienten — Ese es nuestro deber; salvar a nuestro sacerdote, quemar a la bruja y salvar San Marcos.

Aún se ven con dudas.

— No olviden que el diablo intentó tentar a Nuestro Señor. Pero Él pudo contra la tentación — se acerca a una mujer — ¿Quién cegó a tu marido? ¿Por qué se acostó con una chiquilla? ¿Fue por ser una mala mujer?

—No, él se disculpó y Dios lo perdonó.

— ¡Porque Dios es misericordioso! Pero desde ese día debimos actuar, porque hoy esa misma bruja está tentando a nuestro sacerdote.

Exclamaciones de sorpresa.

— Se atrevió a entrar en el templo, más de una vez, pero todo era una mentira, ¡¿Cómo podemos estar seguros que no intenta lo mismo con nuestro párroco?! Tiene sangre de profanos en sus venas, gente que sirve al maligno. Sus hijos, sus esposos... todos serán manchados con el pecado

de una mujer, pero ahora Dios no podrá perdonarnos.

— ¿Qué debemos hacer? — preguntan afligidos.

— Lo que Dios haría: acabar con el pecado. Dios nos dará la fuerza para acabar con el demonio. ¿Quién viene conmigo?

La turba acepta seguir a la mujer en procesión al panteón. Éster sabe que ahí estará y, además, que la tierra santa del cementerio les ayudaría a contener el poder demoniaco de la bruja.

Verónica llora frente a una pequeña tumba. Pide perdón a Dios y suplica por un lugar en el cielo junto al niño que tenía en su vientre. Sin embargo, en esa mira oración, aprovecha para agradecer la penitencia que la ha expiado; aún siente que no es suficiente, aunque es un paso más en el camino a la redención.

— ¡Así te quería encontrar!

Éste la toma del cabello y la arrastra lejos de la tumba. Luego la avienta salvajemente al centro del tumulto.

— ¡Maten a la bruja! — gritan a una voz.

— ¡Somos gente de Dios! — Reza la viuda — ¡Te damos la oportunidad de redimirte! Así que, dinos la verdad: ¿Qué hacías con el Padre el lunes?

— ¿El lunes? — Pregunta nerviosa — Estaba... confesándome.

— ¡Mentirosa! — Vuelve a agarrarla del cabello — ¡¿Acaso no conoces el significado de verdad, bruja?!

— Le juro, doña Éster, que es la verda'

— ¡Hay que colgarla! — grita un hombre.

— ¡No! ¡Debemos quemarla! — asegura una mujer.

Verónica suplica que la dejen marcharse. Pide perdón se los ha ofendido y asegura que no volverá a pisar San Marcos si la echan.

Éster la tira y la rodea como una fiera.

— ¡Gente! — Levanta las manos y todos se callan — No podemos colgarla, porque el diablo la ayudará a respirar. Tampoco quemarla, porque ella viene del infierno. Si hemos de castigarla, será según las leyes de Dios, no

las del hombre.

Se queda callada unos segundos. Luego la señala:

— ¡Entiérrenla!

Unos hombres la retienen mientras cavan un agujero en el suelo. La meten y cubren su cuerpo hasta el cuello; tal como había indicado la viuda.

Éster toma una roca del suelo e incita a todos a hacer lo mismo:

— ¡Dijo Dios! ¡El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra!

Éster lanza el primer golpe. El impacto hace sangrar a Verónica de la frente. Así, uno a uno, los pobladores de San Marcos le destrozan la cabeza a la mujer. Sin piedad. Sin remordimiento. Desafortunadamente, la joven sigue con vida.

— ¡Sáquenla de la tierra! Arrojaremos su cuerpo fuera de San Marcos para que los animales salvajes la devoren.

Así lo hicieron, con alegría y satisfacción abandonaron a la adolescente.

Verónica estuvo en agonía un par de horas más, hasta que por fin expiró el espíritu:

— ¡Padre! ¡Padre! ¡Lo hicimos!

— ¿Qué hicieron? — pregunta confundido.

— La bruja, no dañara más a San Marcos — dicen jubilosos.

El sacerdote siente que las piernas le tiemblan. Está por caer cuando Éster se acerca a él.

— ¿Fue usted?

— ¡Oh, por Dios! — La viuda retrocede — ¡Aléjense de él!

La gente se aleja y miran confundidos a la vieja.

— Este no es un hombre de Dios —lo señala — ¡Quiere llorar a la bruja!

— ¡Es el diablo! — gritan las mujeres.

Antes que pueda explicarse, un hombre lo golpea y le amarra el cuello con

un mecate.

Arrastran al sacerdote hasta un árbol y lo cuelgan mientras piden perdón a Dios por haber seguido a semejante ser.

— ¡Que Todos los Santos oigan nuestras plegarias! — Éster pone enfrente de la iglesia — ¡Dimos muerte a los inmundos! ¡Pero suplicamos, ayuda para exterminar los rastros de Satanás! ¡Guía Señor tu Espíritu aquí y termina con la maldad!

— ¡Te lo pedimos, Señor!

Al grito de los pobladores, el cielo se plaga de nubes

— ¡Dios nos perdonó! ¡Nos bendice con esta lluvia!

De pronto, ni una gota cae en el patio de la iglesia; empieza a llover de manera aleatoria, como si Dios escogiera a los pobladores que merecen ser perdonados.

Luego los cielos se abren. Una luz blanca, brillante y poderosa desciende lentamente sobre Éster. La luz es cálida, reconfortante y da una sensación de seguridad. Y una voz retumba en el cielo:

— Ego sum Dominus, qui dat vitam. Dei indulgentiae.

Éster mira al cielo. Su Dios la mira desde ahí, puede verla rodeado de cientos de almas que le hablan al oído. Está segura que será llevada a su presencia.

Pero Dios no la mira con indulgencia. Ni siquiera los santos quieren intervenir por ella.

Él, sin dejar pasar un segundo más, deja caer toda su ira sobre la viuda.

El impacto rompe sus piernas, dejándola agonizante en el suelo; la energía que Dios usó para castigarla destruyó su columna para dejarla paralítica, pero ese sólo es el principio del suplicio. Por si fuera poco, sus vísceras están dañadas de forma permanente: un pulmón dejó de funcionar, los intestinos se perforaron y órganos esenciales como el riñón le provocan dolor. Es imposible gritar ya que los dientes explotaron en su boca y los pedazos le destrozaron la lengua y dañaron la garganta. Además, las llagas que dejó el Señor en su piel no dejan de punzar. Finalmente, como acto de misericordia, sus ojos explotaron para que Éster no pueda ver el deplorable estado de cuerpo.

Los habitantes de San Marcos observan con horror el castigo de Éster. El Señor les asegura que es por los santos que no juzgó a todo el pueblo

como había hecho con Sodoma.

Al día siguiente, los pobladores recogieron el cuerpo de Verónica y lo enterraron junto a su hijo; suplicaron por su perdón y juraron jamás volver a juzgar a alguien como hicieron con ella.

Cada año, con esa misma vergüenza y temor, ofrecen la celebración de Todos los Santos por el alma de sus descendientes. Tal vez Dios los había perdonado, pero fueron los santos quienes les consiguieron misericordia. Es seguro que nadie quiere terminar como la vieja Éster.

Capítulo 4

Muerte

Desfila rimbombante la Catrina,
se levanta su presencia divina.

Se dirige al mundo mortal
cual humo fino de copal.

Aunque viste el lúgubre negro,
combina con flores su atuendo.

Con tranquilidad se acomoda el sombrero
y lleva paraguas en caso de un estruendo.

¡Mírala desfilando hacia el panteón!
Esta lista para celebrar con alegría
y quizá tomar una cerveza fría.
¡Viva México, su país de reventón!

Para llegar al mundo mortal,
primero debe cruzar el umbral
de flores de cempaxúchitl y huesos;
de esos que no necesitan los tiosos.

— Buenas noches, bella dama.

Saluda con educación el portero.

La parca reconoce al veinteañero:

— ¿No te dejé a ti en la cama?

— Perdona que la desobedeciera,
pero sabe que tengo alma fiestera.

Además no era ley la cuarentena,
o me habría regañado mi morena.

— Serás tonto y recontra tonto,
no tenías por qué llegar tan pronto.

Como el mocoso no tiene orejas,
aprovecha jalarlo de las greñas.

Después del castigo bien merecido,

La señora continúa su camino.

rumbo a su México querido.

— ¡Ya llegué mis hijitos!

Con los brazos abiertos y sonriendo
arriba la patrona de los muertos.

Los mexicanos corren y se esconden.

La damisela no entiende por qué huyen:

— ¿Pues quien les hizo tanto daño?

¿No era amada y admirada hace un año?

La Muerte se siente desolada.

El día no es como recordaba.

¡No le han invitado sus mexicanitos

ni siquiera unos ricos taquitos.

Entonces algunos hijos le reclaman:

— ¡Te llevaste a nuestros seres queridos
con ayuda de los doctores asesinos!

— ¡Ay, ustedes cómo con eso maman!

Se calma contando hasta diez,

le sorprende oír tanta estupidez.

— Yo no cree esta enfermedad maldita,
que con buenos cuidados se les quita.

‘Dejen de hacerse weyes

Y revisen a fondos sus leyes

¿Les sirve el sistema de salud?

¿O por qué llenan tanto ataúd?

`Si la gente por Covid se muere,
no es culpa del médico que interfiere.
Sino de los que les dejaron sin abastos
a quienes surten los medicamentos.

Aparecen de pronto entres las quejas
los politiqueros de lenguas flojas.
El viejito que va al frente
parece ser el Presidente.

— ¡Tengo otros datos!
A su grito se unen los ingratos.
Con su voz la mente de otros infecta,
¿será acaso una nueva secta?

— Consultaremos en los electorales
si la gente te quiere en el país
o si te arrancamos de raíz.

`¡No eres más que una habladora!
¡Vieja argüendera y manipuladora!

No necesitamos su empeño,
Jesús es nuestro único dueño.

“¡Tengo fuerza moral,
no de contagio!
Estoy primero en las encuestas
y por eso hasta tú me la pelas.

Ante tal insulto infame
no hay quien la calme.
¡Tal vez no tengan el virus,
pero reclamará sus espíritus!

— Como seguro no recordarás:
¡Yo concedo más que simples becas!
¡Soy la diosa de los mexicas!
¡Madre y dueña de estas tierras!

‘Si por ti y los tuyos me miran con frialdad,
¡a ninguno los pienso más aguantar!
Como no quieren aceptarlo con humildad,
entonces me los he de llevar.

Se carga a toda su gente sin chistar.
Excepto al más pesado, un tal Noroña,
al que no quiere tocar ni de coña.
¡Guácala! ¡Qué feo ha de apestar!

Por último se lleva al mandamás:
— A tu nivel no me he de rebajar.
Pero si de mesías te las das,
entonces intenta resucitar.